

Harutiun era el nombre de mi tío, hermano mayor de mi mamá. Su nombre, en idioma armenio significa resurrección. Toda mi vida me gustaron las personas con convicciones firmes, esas que las mantienen a través del tiempo y no las dejan desvanecer. Mi tío era un hombre especial, vivió por decisión propia para cuidar a su familia, resignó su vida para facilitar la de los otros. En la recorrida de mis recuerdos puedo asegurar que nunca le pesó esa tarea, la de dar. De carácter fuerte, inmensamente generoso, ético, testarudo, discutidor, siempre quería tener la razón, y la mayoría de las veces, la tenía. Heredé de él su pasión por la música clásica, su devoción por los animales y su capacidad para ensanchar la mesa, extender los brazos para albergar a toda la familia y darles la bienvenida con los manjares del día. Amaba juntar todos los domingos a su familia: a su hermano menor, mi tío Toros, a mi tía Elma, a mis primas Cora y Gaby, a mi mamá, mi papá, mi hermana Alejandra y yo. El menú era siempre el mismo: raviolos de sesos y espinacas con estofado de pollo o asado, completísimo, con berenjenas y morrones ahumados en la hornalla, ensaladas, pan crocante. Mi abuela, de quien heredé sin dudas mi pasión por la cocina, amasaba desde muy temprano, su cocina siempre olía rico. Me fascinaba ver las partículas de harina a través del sol suspendidas en el aire. Los días de asado, mi papá y mi tío repetían el mismo ritual, encendiendo el fuego, descorchando un buen tinto, cortando las rodajas de morcilla fría, el infaltable sifón. Cuando terminábamos el almuerzo y después de los postres armenios y los manjares que hacía mi tía Elma, mi hermana, mis primas y yo nos sentábamos con mi tío para hacer los planes de la tarde. El programa era siempre el mismo: Itaipark. Cuando regresábamos, mi abuela estaba amasando pizzas para la noche con un humor increíble, como si fuera la primera actividad del día. En mi familia, como en todas las familias armenias, recibir a comer es la mejor forma de comunicación entre las personas. Así, sin decirlo, era lo que transmitía mi abuela: el placer de agasajar. Tuve la suerte de crecer con mujeres a mi lado que me transmitieron su pasión por la cocina. No puedo dejar de recordar los increíbles cappelletti de pollo en su caldo de mi mamá, los incomparables dulces de mi tía Elma, los gustosísimos *Lehmeyun* de mi tía Lucía.

Harutiun es mi gran sueño, un lugar para disfrutar, sin apuros, descontracturado, con una vajilla elegida con el mismo esmero y cuidado que se le dedica a la cocina. Contenido y continente comparten la misma estética, igual de valiosa. Es también un lugar para comer cosas ricas, priorizando el producto ante todo, algo

que aprendí de mi mamá, quien siempre nos decía que es preferible “un buen pan que un caviar malo”. Harutiun está erigido en la casa donde nací, en mi barrio, Villa Urquiza, mi lugar en el mundo, el mejor barrio, donde pasé mi infancia y adolescencia, mi barrio. Harutiun abrirá los jueves y viernes por la noche, de marzo a junio, y de agosto a diciembre. El motivo de esto es que le prometí a mi marido tener tiempo para disfrutar de la familia, especialmente del gran amor de mi vida, mi nieto Bruno. En Harutiun nada está librado al azar y cada detalle estuvo minuciosamente pensado. Y en esa tarea fui acompañada por personas que sabía se iban a involucrar en el proyecto como propio. En primer lugar gracias a mi marido Carlos quien confió en mi y quien invirtió en esta obra increíble y más que eso ¡¡¡gracias por ser fanático de mi cocina!!!

Por la magnífica obra, y su incomparable buen gusto, muchísimas gracias a mi yerno Antonio Boz, quien ideó y llevo a cabo este gran proyecto arquitectónico. Agradezco también a mi primo Carlos Ibichian por los aportes iniciales en el mismo. El diseño e imagen de marca es de mi sobrino Mariano Maldjian, la realización de ese diseño es de mi hermano del alma Roberto Dabini y su hijo Diego, los increíbles cuadros titulados “La familia” y “La unión” son de Josefina Boyadjian, hija de mi prima Cora, la restauración del violín de mi tío debo agradecerse a Emilio Astolfi, un gran amigo y al generosísimo Luthier del Colón Gervasio Barreiro. Gracias por la puesta en marcha de la comunicación a mi hija Agustina, la razón de mi vida.

Harutiun es en honor a mi tío y está dedicado a mi hija María, mi princesa que desde donde esté, sé que está feliz y es con quien armé este proyecto. Ella me enseñó que la amistad es tan importante como la familia, por ese motivo elegí como padrinos de Harutiun a su mejor amiga Carolina Malhasian y a mi mejor amigo Ramiro Nissero y a mi mamá postiza Clarita Dabini.

EL AMOR QUE PUSE EN INMENSO,

LA MESA ESTA SERVIDA,

QUE DISFRUTEN!